corales y zafiros, hubieran modelado su cara remonísima; la falda de percal, del mucho uso, parecía desteñida, y las botas, demasiado grandes, mostraban remiendos y rozaduras; pero, asimismo, á la luz de la luna, que amorosamente la bañaba toda entera, apareció á Juanillo como una ninfa vestida de plata, la diosa América en persona, que él entrevió allá en la aldea.

Cantaba la guitarra, chasqueaban las palmas, danzaba la mocita; bajo el emparrado la brisa agitaba las hojas y sobre las paredes marcaba la luna desmesuradas siluetas, y Juanillo apenas se movía, boquiabierto; trajo un banco para disfrutar con más comodidad del espectáculo, y el cansancio y las diversas emociones, que hondamente le embargaban, le vencieron al fin y le dejaron dormido, pegado al cristal..... ¡Aquella noche soñó que Crescencita, la danzarina, le llevaba de la mano por un rayo de luna á mostrarle el sitio donde América guarda sus tesoros!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

Cuando esta familia de Barbado vino á ocupar las dos habitaciones del último patio, muy poco tiempo después de los Duseuil, pareció á todos tan miserable, que el mismo doctor Andillo, á quien sus intrincados libros de texto, sus endiabladas filosofías y sus discípulos dejaban apenas espacio para observar las cosas menudas, tembló por los alquileres... No trajo más ajuar que una cama y un catre, dos colchones malísimos, tres sillas perniquebradas, un anafre, cuatro cacerolas, un lío enorme de pingos, mantas y otras prendas, y una guitarra con vistosa moña de cintas rojas y amarillas; restos ¡ay! de pasada opulencia, porque, si

33648

hemos de creer á doña Orosia, en su casa de Arcos (de donde eran oriundos) vivían en la abundancia y el regalo, y si vinieron á menos fué por las razones que ella daba con empalagoso ceceo y el escamoteo de finales correspondiente:

—Cuando pienso que mi madre me crió entre holandas.....; que en mi casa de Arcos hemos comido en vajilla fina.... ; que teníamos tres criados y cuatro doncellas.....; que á mi niña la puse institutriz inglesa y todo..... Pero la culpa la tuvo Aniceto, un hermano de Rufino, que por librarle de quintas primero y pagarle las trampas después, hubimos de hipotecar la casa y las tierras; eche usted, además, impuestos y cargas de todo linaje..... Mi cuñado vino á probar fortuna, y se volvió diciendo que esto no valía un pepino, y que para morirse de hambre no era menester atravesar tanta agua; pero yo le dije á mi marido: Mira, eso es que éste fué creyendo que se lo iban á dar todo hecho, y le han dado un puntapie, porque allá los haraganes no deben de prosperar. ¿Por qué no se lo dimos también nosotros al gandulazo? Nada, que nos partió por la mitad, nos arruinó, y el mismo Rufino hubo de decir: Pues ¿qué hacemos? Vámonos á América. ¡Claro! No era cosa de ponernos á trabajar en la localidad, donde todos nos conocían..... Y nos embarcamos, yo en cinta de esta alhajita que ustedes ven, porque Tito es argentino, sí, señor, nació aquí el mismo día que entraron las tropas victoriosas del Paraguay: por cierto que le envolví en un lienzo viejo y un refajo, porque no tenía pañales..... ¡Ay, qué vueltas da el mundo!

No pongamos en duda, piadosamente, lo que asegura doña Orosia, y achaquemos al gandulazo del cuñado toda la culpa de que familia de tanto viso en Arcos emprendiera el doloroso éxodo á Buenos Aires sin lastre en los bolsillos y en el estómago; pero, dígase para gloria de los Barbados gaditanos: la ley del déspota mayor que hay en el mundo, les sometió sin protesta, y como si en su vida no hubieran hecho otra cosa

(con perdón de doña Orosia) echóse el don Rufino á vender baratijas por las calles; cosieron y fregaron en casa la madre y Crescencita, y cuando el niño tuvo edad de ganar algo le colgaron un cajoncito al hombro, le dieron dos cepillos, una caja de betún, una gruesa oblea de cera y un retal de paño negro y le mandaron á lustrar las botas de los transeuntes..... ¡Un Barbado, y de Arcos! ¡Felizmente, estaban en América!

Que no les iba mal, lo prueba que algún tiempo después de instalar el fementido menaje apuntado en la casa de Andillo, compraron una cama nueva, y, poco á poco, una máquina de coser, una cómoda, una consola, cuatro butacas de yute, y se permitieron el lujo de velar los cristales de las puertas con visillos muy bonitos, de poner á la consola un paño de *crochet,* y colchas de cretona á las camas, y hasta llegaron á adquirir un reloj de cuco, precioso. Un poquitín más, y era la casa de Arcos pintiparada; aunque doña Orosia dijera, ceceando siempre:

—¡Si vieran ustedes mi casa de Arcos! Aquello sí que dejaba ciego y daba el opio á cualquiera. Mire usted, teníamos un sofá de brocatel, en la sala, rameado de amarillo y con copete de talla dorada..... y de estos espejos caprichosos que llaman no sé si *cornipoquias* ó cornucopias..... ¡Y qué cama la nuestra!, todita de palosanto, torneada, con un dosel de damasco que ni la del Obispo. Así era la guerra que me daban los criados, porque para librar tanta preciosidad de un plumerazo torpe, no me bastaban cien ojos.....

Poseía doña Orosia, y esto prestaba algo de verosimilitud á la relación de sus anteriores grandezas, una figura delicada y casi aristocrática, manos muy finas, pie minúsculo, y si las escaseces empañaron su rostro, pelaron sus ojos azules y entretejieron canas en su crespa cabellera, usurpando la ingrata prerrogativa de afear que á la edad incumbe, pues era joven aún, advertíase que debió de tener muy lozanos abriles; vistiera sedas y terciopelos, y los lleva-

ría con la misma dignidad que el percalito barato ó la sencilla estameña. Ya lavara en la huerta, debajo de la higuera que á Tito servía de recreo gimnástico, ya fregara cacerolas ó se ocupara en el avío doméstico, funciones todas reñidas con la coquetería y el buen ver, aparecía doña Orosia con la cara dada de almidón abundantemente; porque, eso sí, podía ella olvidar ciertos preceptos de la higiene en punto á abluciones matutinas, pero dejar de enharinarse, jamás.

En cambio, D. Rufino, Barbado de apellido y lampiño de cara, no tenía trazas siquiera de haber llevado levita en su vida, como aseguraba doña Orosia, rememorando los esplendores de Arcos. Hombre burdo, zancajoso y de mediana estampa, en él lo que valía no se mostraba á primera vista, y eran sus excelentes prendas morales, aquilatadas en todas las ocasiones de su aperreada vida, tan excelentes, que su propia mujer le había inscrito en el santoral de los maridos, y por manso y honradísimo

teníanle cuantos le trataran de cerca. Desgraciadamente, las vanidosas exageraciones de doña Orosia me impiden decir toda la verdad acerca de lo que el D. Rufino hiciera ó dejara de hacer allá en su tierra; porque, como mis informes están en desacuerdo con los de esta digna señora, no quiero yo disputar ni atraerme malevolencias femeninas, de las que Dios me libre; pero sí diré, y en esto creo no faltar á doña Orosia, que parece (ya ven ustedes que no lo aseguro) fué D. Rufino músico de regimiento..... Nada de particular tiene, y el orgullo de los Barbados no puede sufrir rozadura alguna porque tocara D. Rufino el clarinete en un cuartel. Y si no, venga acá la señora doña Orosia y dígame en confianza: ¿es cierto ó no es cierto que uno de los objetos empeñados para pagar el viaje fué el clarinete de D. Rufino? ¿Y de dónde le venían entonces sus aficiones musicales, la destreza suya en rasguear la guitarra y el baúl aquél atestado de partituras? Tampoco me negará usted, señora mía, que traía él la

idea de meterse á maestro de piano, y que le salieron mal los ensayos, y por consejo de un compatriota, el cual le dijo:—Mira, Rufino, yo sé lo que me pesco; déjate de arte, y ponte á mercachifle.....—D. Rufino, dócil siempre á los buenos consejos, careciendo de capital y de influencia para obtenerlo, se proveyó de una tienda portátil, la llenó de chucherías, de objetos de mercería y de escritorio, y se puso de buhonero.

Y ¡chitón! que si doña Orosia está conforme, y hasta orgullosa, en que cada cual se gane en América el pan como pueda, no consiente que se dude ni tanto así de que en Arcos arrastraron carretela y eran los Barbados el cogollito de la aristocracia. De todos modos, poco nos debe importar, y á fuer de galantes, la creemos á usted, señora, la creemos á usted con los ojos cerrados, como hay que creer todo lo que suscita duda.....

La prueba de que doña Orosia, intransigente cuando de Arcos se trataba, sintiérase ó no lastimada de ver reducida su familia á estado modestísimo, no tenía pizca

de escrúpulo para el trabajo, está en que no hizo ascos á la resolución del marido ni opuso peros á que cosiera Crescencita camisas á la máquina y Tito saliera á la calle á lo que ustedes saben; y si ella misma no se metió á servir, fué porque, recaudando los otros buen jornal para comer, y aun para guardar, no era de absoluta necesidad, y también por aquello de «no sirvas á quien sirvió, ni mandes á quien mandó»..... que repetía á menudo. Mas si ella no los opuso, llegó á oponerlos muy formales el señor doctor Andillo, en lo que á Tito se refiere, prendado del despierto rapaz, de aquel angelote rubio y hermoso, que lavado á medias y apenas vestido, cruzaba alegre por la mañanita el patio con el cajón á la espalda, y volvía entre dos luces, cansado y soñoliento, á entregar la ganancia del día y dormirse, muchas veces, sobre el mismo cajón, mientras se preparaba la cena, muertecitos los pies de andar y las manos de restregar el cepillo y de tamborilear con él, enronquecido de tanto vocear:

—¡Lustrar, señores, charol, charol!

Sentía el señor catedrático, sin duda, que chico tan listo no cultivara su inteligencia y pudiera corromperse en el malsano callejeo de todos los días, y con este fin humanitario enderezó algunas comedidas reflexiones á sus inquilinos, las que fueron contestadas por la propia doña Orosia con media docenita de verdades, á este tenor:

—Señor catedrático, eso estará bueno para quien no ha menester de trabajar; no he de tenerle yo de señorito, mientras nosotros echamos los bofes: así aprenderá á hacerse hombre, á apreciar el dinero en lo que vale (pues el que no sabe ganar, no sabe guardar) y la vida en lo que da de sí. Tenga él buenas inclinaciones, sea cristiano y respete á sus padres, y andará sin mancharse entre el fango. Y si sale inteligente, mañana que estemos más desahogados, le pondremos á estudiar y se hará catedrático si quiere; pero, por ahora, que se contente con la cartilla que yo le enseño: que, créalo usted, no hay mejor curso para salir hombres hechos y derechos que este de la pobreza.....

Hubo de darse á partido el amo, y lo único que se consiguió fué que dos horas, por lo menos, en la tarde, asistiera el chiquillo á la próxima escuela municipal para aprender el a, b, c, y á perfilar palotes; y aunque el mismo doctor Andillo bondadosamente le solicitó para darle algunas lecciones de favor, doña Orosia negóse con terminantes razones, expresadas sin ambajes, de manera que hizo sonreir al filósofo. ¡Muchísimas gracias! Ella que era católica, apostólica y romana, no podía permitir que enseñara al chico esas pícaras ideas que dicen practicaba el señor catedrático, y aunque la prometiera no tocar á los misterios de nuestra santa religión, ¿quién la garantizaba que soplase el diablo y quisiera hacer de Tito un hereje? ¡Nunca, jamás, amén!

Dicho en verdad, y aún siendo Crescencita la gracia en persona, merecía Tito pasar por la flor y la nata de los Barbados, como pasaba. ¡Qué pasta de niño aquel, y qué

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

manera de enseñorearse de los corazones! Al redoble de su cepillo sobre el cajón, salían al patio, ya la hermosa misia Liberata, ya madama Clémence..... y hasta don Hipólito, interrumpiendo la consulta de sus perversos librotes..... Quién le tiraba cariñosamente de las orejas, quién le daba una golosina ó le ofrecía un juguete ó le hacía un cumplido. Era él tan formalito y respetuoso, que había que reir; y no se le comían á besos, porque el betún le ensuciaba lastimosamente la cara de querubín.

No parecía niño, sino que un espíritu de hombre grave se hubiese albergado en aquel cuerpecito endeble, pues ni era glotón ni perezoso, ni desvergonzado como estos titíes que hoy se educan y presumen; pero tampoco era un niño viejo, tímido ú oprimido. Bien que se refocilaba en la huerta, hacía volatines sobre la higuera, se ponía á caballo sobre la pared á oir la música del serrucho de Max y ver el trajín de los mozos en el corralón..... Pero tales expansiones tenían que ser breves; en primer lugar,

por sus quehaceres callejeros, luego por sus estudios, y porque doña Orosia no le daba paz llamándole, ordenándole y pidiéndole. Así rendíase al sueño por las noches, los bracitos sobre el cajón á guisa de almohada. Queríanle todos, en la calle como en casa, buscábanle y le obsequiaban, al niño rubio, al limpiabotas monísimo, que el doctor Andillo, recordando el mote hiperbólico con que honra la historia á su homónimo, el romano emperador, solía llamar *delicia del género humano*, mientras le palmeaba los puercos carrillos.

Blümen, el joven alemán que ocupaba la última pieza del fondo, la más menguada de la casa, deponía también, en obsequio del chicuelo, toda su gravedad germánica. El que economizaba las palabras como si fueran monedas de oro y cuya exagerada discreción parecía haberle cosido los labios y regulado todos los movimientos y todas las acciones, reloj humano, muñeco de resorte sin sangre, ni nervios, ni nada..... este Blümen, de piedra berroqueña, adqui-

ría sensibilidad aparente al escuchar el cepillo de Tito en el patio. Tito le distraía, le hacía enseñar los dientes más desmesurados y blancos que en boca alguna se han visto, le revolvía los trebejos de la mezquina habitación y le sonsacaba sus secretos. ¡Y qué secretos los de Franz Blümen para guardados bajo siete llaves! Oruga que sueña en ser mariposa y se somete dócilmente á las necesidades de la metamorfosis, como los Duseuil, los Barbados y casi todos los que, arrojados por la miseria, la escasez ó el genio aventurero, pisan las playas americanas....

Por cierto que la llegada de aquel diablejo de los Duseuil, trajo una gran desazón á Franz Blümen, alarmó á doña Orosia y trastornó el orden conventual del caserón; la fama de sus milagros y su apicarada traza infundieron temores, no confesados por el afectuoso respeto que Max y madama Clémence merecían; pero Blümen se curó en salud echando la llave á cierto álbum de sellos, que Tito solía hojear con de-

leite, y la de Barbado se hizo un Argos de vigilante, y no veía asomar á Juanillo rozando la pared como una raposa, sin armarse de la escoba. La alarma cedió un tanto, cuando se supo que habían zampado de cabeza al pillete en una escuela, y allí le tenían sujeto sin dejarle salir más que los domingos; asimismo, desaparecieron el album de sellos y un alfiletero de doña Orosia, y no sé qué baratijas del escaparate portátil de D. Rufino; y tales fueron las faltas, que hubo cisco en la casa: doña Orosia y el germano llevaron sus quejas al obrador de plancha, sacaron los colores á la cara de la infeliz madama Clémence, y dieron motivo para que el brazo airado de Max se ejercitase sobre las desnudas posaderas del ladronzuelo. A este correctivo siguió la clausura absoluta, y la paz reinó de nuevo.

Duró poco, sin embargo, porque ocurrió que, como estos pajarracos de mala índole que en la jaula se enrabian, apesadumbran y déjanse morir de inanición, á los ocho

meses Jean enfermó, y hubieron de sacarle del duro pupilaje; felizmente, no le dejaron suelto cuando se puso bueno, sino que Max se le llevó consigo al aserradero, y allí, guantazo viene y cachete va, le tenía condenado á trabajos forzados, tan hosco, torvo y desconfiado como el primer día, por la pesadumbre de la cadena, la vergüenza del sometimiento y la conciencia de las propias faltas.

Y aunque ya parecía no haber urraca en la casa, ni los Barbados ni Franz mostraban mayor seguridad en la curación del kleptómano vecinito, y echaban llaves y atrancaban puertas, precaución saludable que doña Orosia traducía con esta frasecita reticente:

—No sea cosa.....

Pero el chico, como si no tuviera ya uñas en las manos. Cuando volvió el buen tiempo, los domingos, en que forzosamente había huelga, iba Juanillo á la huerta y se echaba al pie de la higuera, con un libro; la primera vez que le vió doña Orosia, que

tendía ropa al sol, precipitadamente arrambló las prendas mojadas, encerrándose en su habitación, y él se corrió mucho de esto y hasta lloró de dolor; asimismo esperaba con ansia los domingos y tornaba á la huerta, esquivando saludos desdeñosos..... porque allí, desde el pie de la higuera, donde fingía leer, veía á Crescencita cosiendo á la máquina, y la veía como la noche de su llegada, al través de sus lágrimas de despecho, vestida de plata, danzando en un rayo de luna.

Era lo único que doña Orosia dejaba sin encerrar, á la puerta de la habitación, bajo la sombra protectora del parral, expuesta á las miradas del criminoso mequetrefe. Él no leía, ni hacía otra cosa que mirarla. Oíase el triquitraque vertiginoso de la máquina; apoyados en los pedales, los piececitos, que calzaban tan feas botas de deshecho, imprimían acompasado movimiento á la rueda: volteaba ésta, daba saltitos el tornillo de montera, sendos pinchazos la aguja, bailaba el carrete, y la rubia cabeza incli-

nábase vigilante, mientras las manos, dos manecitas que debieron ser blancas y estaban ya percudidas, aderezaban la tela y dirigían hábilmente la costura. Así, horas y horas, él mirándola, y ella cosiendo.

Acaso Juanillo pensaba que era mucho trabajar aquel, y que debía él hacer otro tanto, si quería merecer la estimación que ella parecía demostrarle.

Porque Crescencita nunca le puso mala cara, ni le dijo cosas feas como los otros, ni le dió motivo de soflamas como los otros, ni pruebas de menosprecio jamás. Hasta le había hablado alguna vez en aquella hermosa lengua española, que al principio era griego para él, y con este motivo recordaba que la chiquilla, como él no la entendiera, se echó á reir y dijo con picardía: No, no comprar pan?..... traducción burlona de la frase *ne comprend pas*, que por la relativa similitud de pronunciación comprendió él inmediatamente, contestando que no, que no la compraba. ¡Ay, cuánto tiempo estuvo el muy borricote sin *comprarle*

pan á Crescencita! Su mayor deseo en el colegio fué aprender el idioma, y cuando le pudo chapurrar y logró hacerse entender de la niña, parecióle más llevadera su prisión y menos doloroso el desengaño. ¿Qué le importaba que la madre, y don Rufino, y el hombre de piedra, y la señora de Andillo, y el señor catedrático y hasta la criadita Encarnación, le trataran con despego y se espeluznaran á su paso, como gatos que se ponen en guardia ante el enemigo? ¿Qué le importaban los sermones de madama Clémence y las bofetadas del cuñado? Siempre que Crescencita le hablara.....

Un día le había dicho: Pero, ¡Juanito, qué mala costumbre tienes! ¿Sabes que por eso se va á la cárcel?..... y esto le produjo mayor impresión que muchos sermones y golpes de los hermanos. ¿Cómo incurrir en faltas que á ella, su amiguita benévola, podían desagradar? Viéndola delante de su máquina de coser, sentía extraños impulsos de hacerse bueno y digno del aprecio general y de la indulgencia de Dios, como le re-